

RECUERDOS CON HISTORIA, 107

DOS SABLES SINGULARES DE “L’ARMÉE FRANÇAISE”

De cualquier cosa coleccionable, sean grabados, sacacorchos o abanicos del siglo XIX, nos aparecerá siempre, mediando tiempo y paciencia, aquel elemento especial con el que sueña el que ama lo que atesora; la pieza extraordinaria que colmará de satisfacción a quien, periódicamente y con método de base científica, se dedica a la esforzada labor de búsqueda, encuentro, selección, estudio y conservación de los objetos que desea.

La reunión de sus “tesoros” conformarán sus “**Recuerdos con Historia**” que, con sabiduría y mimo, limpiará y restaurará evitando daños, quebrantos y, a la postre, pérdidas irreparables.

Es desde esta perspectiva que presentamos hoy dos sables singulares del siglo XIX que, en sus tiempos, formaron parte del equipo personal de miembros del ejército francés. Ha sido justamente visitando una colección en el vecino país donde nos hemos topado con esos dos ejemplares. Obtenido el correspondiente permiso para exponerlos en este blog del amigo Calvó pasamos a su descripción técnica y a su recorrido histórico.

En 1821, restaurada la monarquía en Francia desde hacía siete años en la figura de Luís XVIII, las ordenanzas se ocupan, entre otros asuntos, del armamento reglamentario. De pronto, se decide que hay que suprimir a la oficialidad de Infantería la espada de ceñir, que era su tradicional símbolo de autoridad, sustituyéndola por un sable ligero y elegante que, previamente, habían encargado al excelente diseñador e inteligente armero-espadero de París monsieur J. François Manceaux .

Era el señor Manceaux un antiguo dirigente, en la época napoleónica, de los almacenes de armas blancas de la manufactura “Imperial” de Klingenthal , más tarde llamada “Real” por obvias razones. Y eso no era todo. Este Monsieur gozó del favor de la administración de la época y de un público fiel puesto que, además, patentó diversos diseños y mecanismos tanto de armas blancas como de fuego.

Se instaló en la rue Lenoir Saint-Honoré nº 3, es decir, calle muy concurrida en pleno centro de París donde se instalaron otros afamados espaderos. Allí trabajó y recibió cientos de clientes que venían a proveerse de sus meritorios trabajos. Acorde con sus necesidades también tuvo su sede en el “Quai de la Cité” y luego en el “Quai Napoleón”, es decir, lo más “chic” de París. Su fama se extendió por toda Francia y sus productos, marcados “*Manceaux-Paris*” son, hoy en día, objetos del deseo de museos y coleccionistas.

Pues bien, decíamos que en 1821 la superioridad cambió de criterio y se obligó a los oficiales de Infantería a emplear un sable, llamado modelo 1821, que acabó siendo

muy bien aceptado y que prolongó su vida útil hasta más allá de la derrota francesa de 1870 frente a Prusia. Algunos años más tarde, acabada la confrontación y reorganizado el país, otros vientos y otras modas poco propicias lo arrumbaron, con honor, en los desvanes de la Historia.

Pero procedamos con método en esta interesante circunstancia. En los años 20 del “siglo XIX francés” las hojas del modelo que nos ocupa las seguían forjando en Klingenthal pero el resto del arma citada y su montaje, incluida la vaina, era responsabilidad del señor Manceaux. Sepamos, por ejemplo, que este armero-espadero había solicitado, en 1823, nada menos que 239 hojas de sable de Caballería de Línea, 100 para Caballería Ligera y 200 para oficiales de Infantería. Este considerable pedido se encuentra especificado en un escrito del Ministerio de la Guerra de 4 de septiembre del citado año apremiando al director de la manufactura de Klingenthal para que sirviera al citado señor Manceaux las hojas adquiridas pues el armero “tenía un compromiso urgente con la Academia Militar de Saint-Cyr y andaba el Rey de por medio”. Y al Rey, claro, no se le hace esperar.

Menudo pedido. ¿Y para qué quería el maestro armero parisino tantas hojas? ¿Y qué pintaban Luís XVIII o su sucesor, Carlos X, en este asunto? Bien, vayamos por partes.

Resulta que al año siguiente de la creación del sable mod. 1821, es decir, en 1822, apareció para la caballería -oficiales y tropa, si bien para los primeros con el añadido de ligeros cincelados y sobredorados- un modelo que a todos pareció muy interesante puesto que combinaba buen diseño, agradable arquitectura, fácil manejo, posibilidad de empleo de punta o corte y contundente robustez. Era el modelo llamado, por obvias razones, de 1822, con hoja a la Montmorency (920 mm de longitud y escasa flecha) y guarda de dos o tres gavilanes según destino para ligeros o línea respectivamente. Tal fue su éxito que, aún hoy en día, se sigue empleando por la Guardia Republicana en actos protocolarios o representativos con la particularidad de que los fabricados actualmente son de muchísima menos calidad. O sea, como también ocurre entre nosotros, muy poco afortunados en materiales y acabado en relación a los de época.

Así pues, ya tenemos en danza, en dos años consecutivos del primer tercio del s. XIX, dos modelos de categoría que podían adquirir los oficiales de Infantería y Caballería en “Casa Manceaux” quien, como hemos indicado, tenía especial cuidado en marcarlos, tanto en la guarda como en la vaina, con su apellido y la ciudad donde ubicaba su taller. La tropa, por supuesto, no gozaba de este privilegio y sus armas les eran suministradas en sus respectivos acuartelamientos.

Por estos días a alguien se le ocurrió que ambos modelos bien podían ser perfectamente aptos como sables de honor o distinción. Perfecto, pero ha de ser justamente Mr. Manceaux quien los haga. Rápidamente, la maquinaria administrativa

se puso en marcha y a los alumnos cadetes de Saint-Cyr, que acababan sus estudios y obtenían el empleo de subteniente, les era entregado el despacho juntamente con un ejemplar de estos sables: mod. 1821 para Infantería y 1822 para Caballería.

Para eso tenía tanta prisa en recibir el encargo de docenas de hojas, cada final de curso académico, el renombrado espadero de París. Ni el Rey ni él podían quedar mal.

Pero claro, como que eran un regalo y, además, se había acordado que quedara bien evidente que el regalo procedía nada menos que del Rey, en el plano exterior de las hojas aparecía, grabado en letras mayúsculas inclinadas, la frase: **DONNÉ PAR LE ROI**.

Las letras debían de tener una altura de 5'5 mm y la frase una longitud máxima de 100 mm habiendo comenzado a 60 mm de la base de la guarda. Todo minuciosamente controlado. Cosa de la que damos fe pues hemos medido personalmente algunos ejemplares.

Bien, no todo estuvo bajo estricto control puesto que algunos oficiales de Caballería quisieron destacar sobre el resto y, pagando de su bolsillo, el espadero Manceaux les grababa en el costado interior de la hoja la inicial de su nombre y el apellido con el mismo tipo de letras aunque, esta vez, sin inclinación.

No fueron muchos los subtenientes que actuaron así, pero sí los suficientes para que, en el presente, cualquiera de estas armas personalizadas adquiera un valor económico e histórico envidiables.

Un intelectual y puntilloso historiador francés que se llamaba Christian Aries escribió, en los años 60 del pasado siglo, unos cuadernos relatando con magistral minuciosidad y gran alarde gráfico (dibujos del también gran espadólogo M. Pétard) toda la sucesión cronológica de las armas blancas militares francesas. Su trabajo fue imponente y su éxito apabullante. Esos cuadernos, en número de 30, son actualmente unos clásicos a quien acudir en busca de información concisa y precisa si se tiene la suerte de poder adquirirlos en su totalidad dado que su autor dejó bien claro que las planchas de imprenta debían de ser destruidas y, por ende, finalizar la edición. Hoy en día, en Francia, los cuadernos C. Aries van más buscados que el Tesoro de los Nibelungos.

Mr. Aries dedica sendas páginas a los dos sables que aquí exponemos. Curiosamente, al describir el modelo de 1822 para oficiales/cadetes de Caballería, expone un ejemplar que, además de la frase *DONNÉ PAR LE ROI*, explicita el nombre de su propietario: **V. BRUNET**.

Ahí empezaron, precisamente con ese ejemplar, nuestras sorprendentes pesquisas. En colección particular belga tropezamos, precisamente, con el sable del que fuera cadete V. BRUNET, que ya es tropezar, -en las imágenes aparece con detalle- y no hace falta decir que nuestra sorpresa fue de antología.

Todo este alarde de “regalos” reales quedó suprimido a partir de la promoción de cadetes de Caballería de Saint-Cyr de 1831 puesto que la revolución de julio del año anterior hizo cambiar intenciones y criterios. Incluso hubo cambio de Rey.

De ahí que los sables franceses aquí tratados hayan quedado como reflejo de toda la convulsa historia europea del siglo XIX.



Sable oficial Infantería mod. 1821:

Modelo 1821 para oficial de Infantería de los entregados en Saint-Cyr. Excelente imagen hecha por B.M. que poseía este sable. A destacar el sobredorado de la guarnición y la especial geometría de sus líneas. Mr. Manceaux se lució y su diseño fue muy bien recibido. Incluso se atrevió a poner a la venta dos variaciones, a diferentes precios, en función de tener el hilo torzal del puño en plata o en cobre dorado.

Las líneas sobrias pero elegantes de este modelo despertaron ciertas envidias (sanas por supuesto) y el arma también se hizo extensiva a la oficialidad de la Guardia Nacional que, por si fuera poco, se hizo pavonar la hoja en azul colocando bien a las claras, en letras de oro, la inscripción “Garde Nationale” seguida de la fecha de fabricación que suele ser la de 1830.

Y al final, ¿qué pasó? Pues lo que tenía que pasar. Que el modelo gustó en España y la moda se impuso, con las leves modificaciones que queramos, entre nuestra oficialidad de Infantería que bien los vio lucir a los franceses cuando entraron los Cien Mil Hijos de San Luís, en 1823, y nos los pasaron por las narices, muy atildados ellos, durante bastante meses.

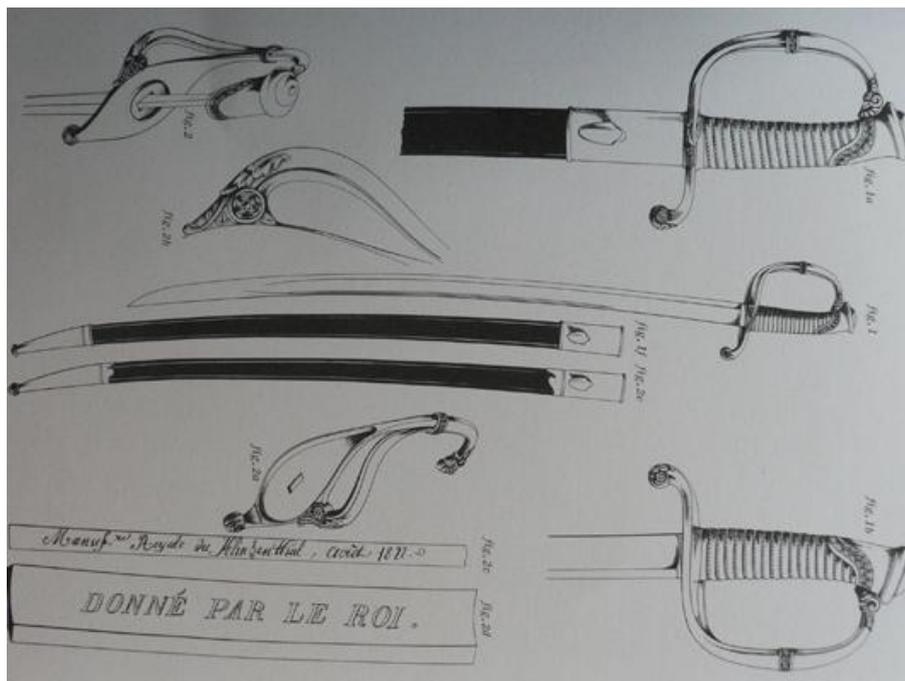


Lámina de uno de los cuadernos de Mr. Aries. En ella observamos, en dibujos de inmejorable trazo, el modelo antes citado con detalle de la inscripción en la hoja.

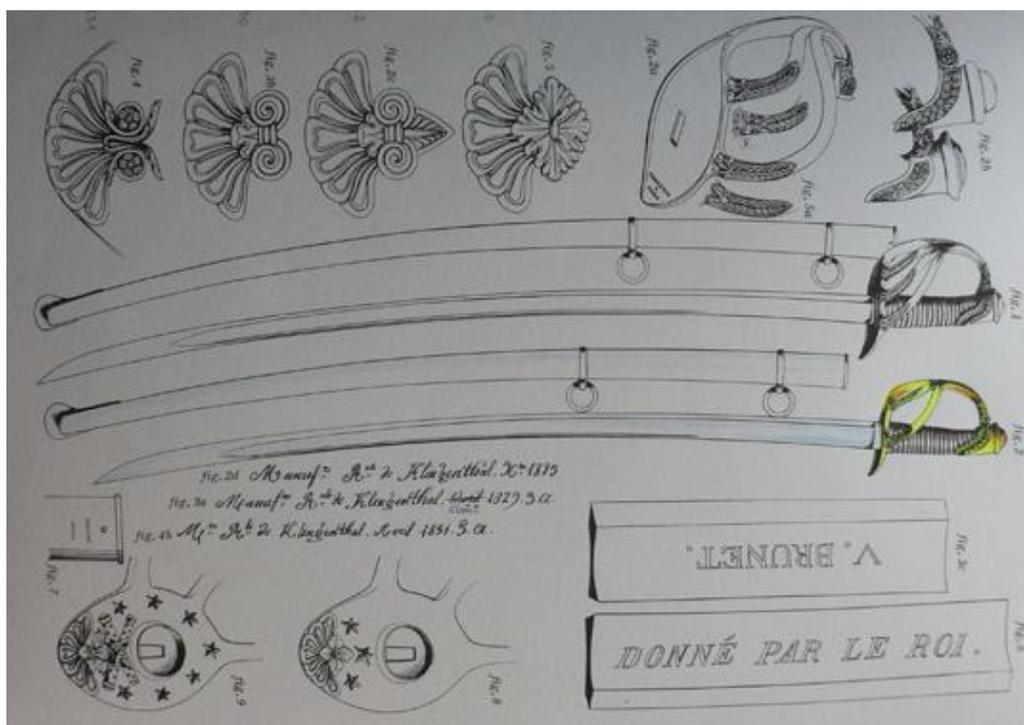
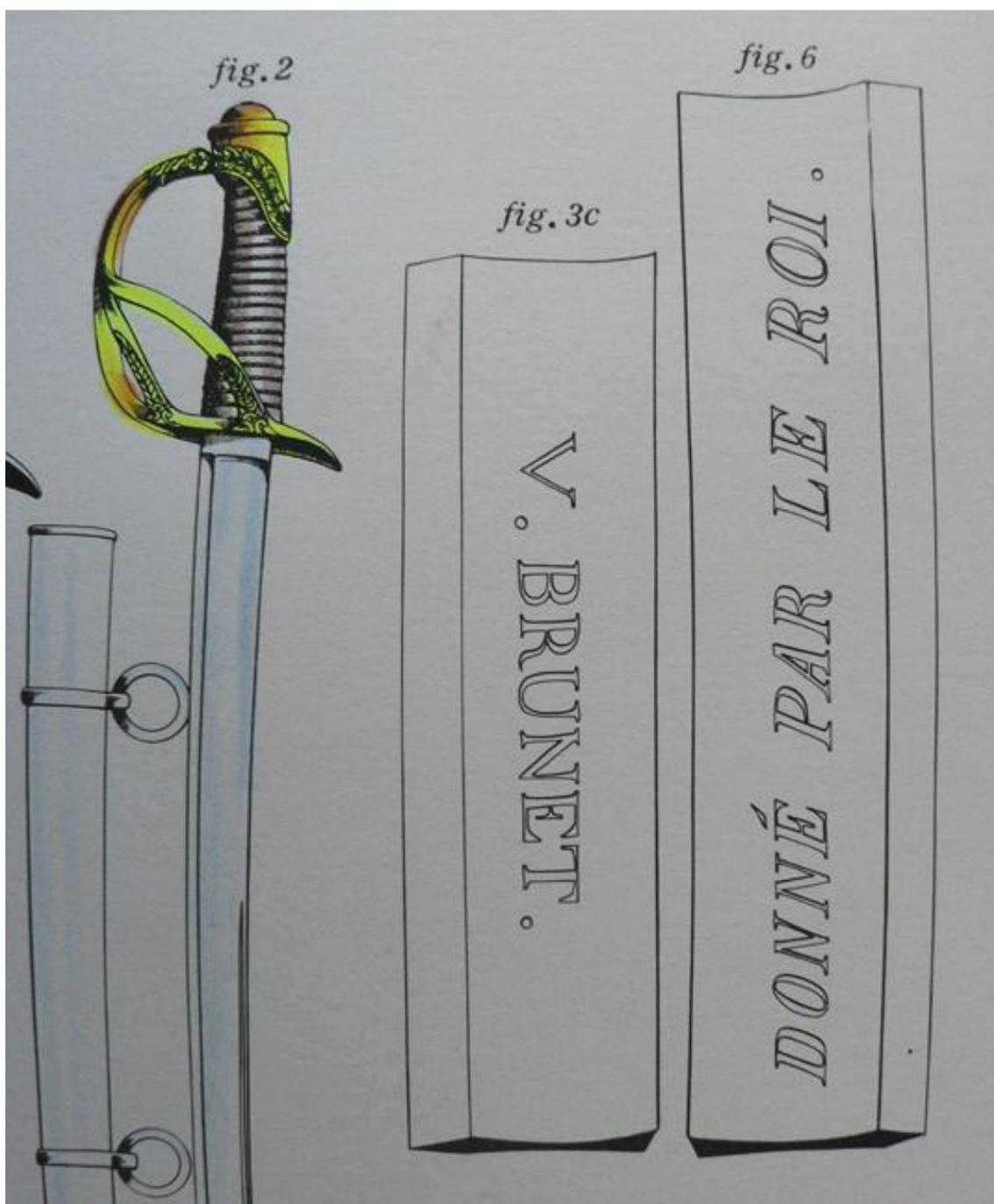


Lámina dedicada al modelo 1822 para Caballería. Hemos coloreado el destinado a la Caballería Ligera –dos gavilanes y aro– que es, justamente, el que va grabado con el nombre del subteniente propietario y el que, lógicamente, tuvieron en sus manos el autor de los “cahiers” Monsieur C. Aries y su dibujante Monsieur M. Pétard.



Detalle de los esquemas de las leyendas, cada una en su lado correspondiente de la hoja. Minuciosidad insuperable.



Este soberbio espécimen, digno de vitrina de joyería, no salió del taller de Manceaux. No señor. Resulta que le apareció al citado espadero un fuerte competidor, también afincado en París. Este nuevo protagonista, de altos vuelos, plantó sus reales nada menos que en la rue Richelieu, o sea, a tiro de piedra del obrador de Manceaux para mejor birlarle, delicadamente, la mitad de sus clientes. Se trataba de Monsieur L. Michel Lepage-Moutier que marcaba sus obras con su apellido y el añadido de “Arquebusier du Roi” que no era poca cosa. Tal vez, esta competición entre artistas-armeros propició la aparición de excelentes ejemplares como el que aquí exponemos.



Vista, en vivo y en directo, del grabado que nos ocupa del modelo de Infantería 1821.



Observemos ahora los dos grabados en su aspecto natural. En nuestras sempiternas indagaciones de aquí para allá (y de allá para aquí) dimos con un gran coleccionista franco-belga que puso a nuestra disposición su objeto más preciado: **el sable que perteneciera al subteniente V. BRUNET y con el que le “obsequió el Rey” al finalizar su estancia en la academia militar en el verano de 1829.**

Si eso no es suerte, habrá que preguntarse qué lo debe ser.

Personados en casa del coleccionista, que nos atendió de maravilla, café y “biscuits” incluidos, tuvimos ocasión de contemplar el sable y efectuar las adecuadas fotografías.



Cuando sostuvimos en nuestras manos (con guantes blancos y permiso del propietario) este objeto histórico hemos de reconocer que nos sentimos emocionados y bien recompensados por todas las molestias del viaje.



A observar de cerca este único y distinguido **Recuerdo con Historia**. Esas oportunidades animan a cualquiera a seguir indagando. Eso pensamos hacer si el "tiempo" no lo impide.



Para acabar, que quede claro lo que hemos comentado sobre las marcas del responsable de estas piezas, Monsieur Manceaux, que solía colocarlas en la vaina, próximas al brocal, y bajo el plano de guarda cerca del galluelo.

Vicente Navarro Serra

Abril 2017